

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA INÉS DE MONTEPULCIANO
MÍSTICA**

**S. MILLÁN DE LA COGOLLA
LA RIOJA (ESPAÑA)**

2018

SANTA INÉS DE MONTEPULCIANO, MÍSTICA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN DE LA COGOLLA
LA RIOJA (ESPAÑA)

2018

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.
Entrada al convento.
Proceno.
Montepulciano.
El demonio.
Carismas.
Hechos sobrenaturales.
Providencia de Dios.
Palabras de Jesús.
Chianciano.
Su muerte.
Milagros después de su muerte.
Milagros ante santa Catalina.
Su canonización.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

El beato Raimundo de Capua escribió la vida de santa Inés de Montepulciano en 1365-1366, cuando era director espiritual de las hermanas dominicas de Montepulciano, unos 50 años después de la muerte de la santa. Todo lo que escribe está basado en lo que le cuentan cuatro hermanas de su convento que habían vivido con ella. Sobre muchos milagros después de su muerte, el beato Raimundo hace referencia a los documentos escritos que encontró en el convento y que estaban autenticados por notarios. Probablemente hace alusión a una relación antigua que, según el parecer de los historiadores, habría escrito fray Jacopo de Laterino, el dominico nombrado por el mismo Raimundo en la tercera parte de su obra.

Raimundo hace comparación entre Agnes (Inés) y el Agnus (Cordero) de Dios, relacionando Agnus y Agnes con textos bíblicos. Sobre la *legenda* (palabra que antiguamente se refería a vida y no a un cuento legendario o leyenda irreal) o vida de santa Inés, un autor contemporáneo de Raimundo, dominico también, subraya que fue escrita diligentemente y en 1466 el dominico Juan Meyer en su libro *Liber de viris illustribus Ordinis praedicatorum* anota que las virtudes de Inés son descritas por Raimundo con toda verdad.

La experiencia religiosa de Inés comenzó con su entrada en edad infantil en el convento de religiosas llamadas del Saco, que estaban probablemente bajo la protección del obispo de Arezzo. Allí se distingue desde el principio por su devoción y las manifestaciones maravillosas que le concede el Señor como levitación y visiones de la Virgen, etc. A los 15 años funda el monasterio de Proceno, no lejos de Montepulciano, del que es elegida abadesa, después de obtener la dispensa correspondiente por su corta edad. Desde ese momento, se multiplican los milagros en favor sobre todo de las religiosas de su convento y se difunde la fama de su santidad entre los ciudadanos de Montepulciano que le piden que funde un monasterio en su ciudad. Inés, confortada con una aparición de santo Domingo, se decide a fundar un convento en Montepulciano fuera de las puertas de la ciudad, pero muy cerca de ella. Una grave enfermedad la llevó a curarse a las termas de Chianciano, donde manifiesta su santidad con nuevos prodigios y el descubrimiento de una fuente de agua, hasta ahora llamada de santa Inés. Y después de su muerte, ocurrida el 20 de abril de 1317, sigue irradiando bondad y haciendo milagros a los que la invocan con fe.

La vida de santa Inés de Montepulciano es una vida de elevada mística, porque tuvo muchos carismas y dones sobrenaturales. Entre ellos el don de sanar enfermos y hacer milagros. Dios se manifestó en su vida de muchas formas y ella fue para su pueblo de Montepulciano como una roca fuerte que la amparó y la defendió con sus oraciones del poder de los enemigos de Dios y de su pueblo.

Entre sus carismas estuvo el de levitación. Con frecuencia caía en éxtasis y tenía visiones de Jesús, de María y hasta del cielo. Algunos ángeles se le aparecían con frecuencia para comunicarle mensajes del Señor o para ayudarla en algunas dificultades. Fue tanta la unión de Inés con Dios que nunca dudó de ofrecerle los sufrimientos de las largas enfermedades que padeció y que supo ofrecerlas por amor a Jesús y por la salvación de los demás. Sus milagros fueron a veces tan espectaculares como el de ser cubierta de maná celestial mientras estaba en oración, En una ocasión convirtió la carne en pescado; o se le aparecían rosas en el lugar donde había estado orando y hasta un día cayó una hermosísima rosa dentro de su plato. Otras veces, cuando faltaban alimentos en la comunidad, Dios hacía milagros para que aparecieran donde no los había y lo mismo el dinero para pagar a los trabajadores del convento. En fin, pareciera que su vida fuera una vida continua de milagros para servir a los demás. Era como si Dios quisiera envolverla continuamente en su divina bondad y providencia y manifestar su presencia real a su lado, especialmente cuando estaba orando ante el Santísimo Sacramento, que es cuando era cubierta del maná milagroso.

Nota.- Los datos y referencias de este libro están tomados de la *Legenda beate Agnetis de Monte Policiano*. Según la edición de 2001 de la Editorial Galluzzo de Firenze. Sin olvidar que seguimos el texto original latino, que fue escrito por el beato Raimundo de Capua en 1365-1366 y que está en la obra antedicha, a la que nos referimos en las citas a lo largo de este libro.

SUS PRIMEROS AÑOS

Inés Segni nació el año 1268 cerca de Montepulciano en Gracciano Vecchio, aldea de Toscana (Italia). Su padre se llamaba Lorenzo Segni y, aunque no pertenecía a la nobleza, era muy rico. De su madre no se sabe el nombre, pero sí que era una mujer de buenas costumbres. Ambos padres crearon un hogar profundamente religioso. Según cuenta Raimundo de Capua, cuando ella nació, *en las sombras de la noche se iluminó toda la estancia, donde estaba su madre dando a luz, con brillantes antorchas durante una hora, dejando asombradas a las comadronas que estaban presentes*¹.

Siendo todavía una niña que apenas sabía hablar, *aprendió de memoria el padrenuestro y el avemaría y los repetía muchas veces. A veces se retiraba a un lugar oculto de la casa donde, hincada de rodillas y con las manos juntas, fija la vista en el cielo, no cesaba de repetir estas oraciones. Para ella estas oraciones eran como miel en los labios. Por eso se olvidaba de los juegos y diversiones con otras niñas de su edad. Y en algunas ocasiones sus padres tenían que ir a buscarla a la hora de comer*².

*Tenía nueve años, cuando un día caminaba con sus padres a Montepulciano y al llegar a la cima de un montecito, donde había una casa de prostitución, salieron de aquella casa una banda de cuervos que con sus picos afilados y sus garras se lanzaron contra la niña. Sus padres trataron de defenderla y lo mismo algunas personas del entorno. Sus padres se preguntaban de dónde habrían salido esos cuervos, si en ese lugar nunca se habían visto, pero Inés, sabiendo que eran demonios, les dijo a sus padres: “Dios ha permitido este suceso, porque no me permitís tomar el hábito religioso”*³.

Esto significa que hacía ya un tiempo que ella deseaba dedicarse enteramente al servicio de Dios y sus padres no la dejaban. Al fin sus padres tuvieron que aceptar la voluntad de Dios sobre su hija y permitirle tomar el hábito de religiosa. Por otra parte el hecho de que los demonios tomasen la forma de cuervos para molestarla, se debía a que ellos preveían que en el futuro ella construiría allí un monasterio y desalojaría de aquel lugar la casa de perdición⁴.

¹ Ib. p. 6.

² Ibídem.

³ Ib. p. 7.

⁴ Ibídem.

ENTRADA AL CONVENTO

Con el consentimiento de sus padres, Inés pudo tomar el hábito en el convento de las religiosas de Montepulciano, llamado del Saco, porque las religiosas usaban el escapulario del hábito con tela de hacer sacos. *Tenía nueve años y algunas religiosas creían que con tan corta edad no podría soportar las asperezas y ayunos de las demás, pero quedaron asombradas al observar que, desde los primeros días, Inés aceptó los rigores de aquella vida al igual que las más antiguas del convento*⁵.

Al entrar Inés al convento, la abadesa le encargó a sor Margarita, una religiosa muy santa, que se encargara de su formación humana y espiritual. Ella le enseñó a centrarse en la humanidad de Cristo presente en la Eucaristía y a amar a la Virgen María y a los santos y ángeles como a unos amigos queridos. Precisamente en su vida tuvo muchas comunicaciones con los ángeles.

*En este tiempo, pocos días después de su ingreso, llegó al monasterio una religiosa de consumada bondad y prudencia que el obispo de Arezzo enviaba como visitadora... Las religiosas le manifestaron su nueva adquisición y ella manifestó deseos de conocerla. Al verla la abrazó como una madre y le dijo: “Me alegro en Dios por ti, hija mía, porque sin duda veo que serás gloria y corona de nuestra Congregación” y, mirando a sor Margarita bajo cuya guía y custodia la habían puesto, exclamó: “Cuida mucho a esta niña porque, al igual que santa Inés virgen y mártir, cuyas reliquias están en Roma, así ella será una segunda santa Inés”*⁶.

Inés ayunaba a pan y agua casi todos los días de la semana y castigaba su cuerpo con disciplinas, daba su cuerpo al descanso del sueño poco tiempo y se pasaba la mayor parte de las noches en oración, porque orar era para ella su descanso y su alegría. Estar con su amado Jesús suponía para ella estar entre sus brazos y sentirse amada por el amor de su vida, por su esposo Jesús a quien se había entregado en cuerpo y alma desde muy niña.

Oraba con tanto fervor que, según testimonio de las hermanas, *solía levantarse algunos palmos de la tierra y estarse mucho tiempo en el aire, inmóvil, sin el uso de los sentidos, unida a Dios. Un día oraba delante de un crucifijo colocado en alto en el altar y fueron tanto sus deseos de abrazarlo que, venciendo con la fuerza del espíritu su peso corporal, voló hasta abrazarlo en santo éxtasis y así estuvo un gran rato, abrazando y besando el crucifijo*⁷.

⁵ Ib. p. 8.

⁶ Ib. p. 9.

⁷ Ib. pp. 10-11.

En el convento se hizo conocido su gran amor a la Virgen María y todas las religiosas acudían a Inés para que intercediese ante María para solucionar sus problemas y obtener sus beneficios. Un día oraba con mucho fervor ante una imagen de María y se le apareció como madre amorosa y le entregó tres piedrecitas. Diciéndole: *Debes saber, hija mía, que antes de dejar esta vida mortal, edificarás una iglesia en mi honor. Como señal recibe estas tres piedras para que el edificio sea fundado sobre la fe en la Santísima Trinidad*⁸.

Al ver la abadesa que tenía tantas cualidades, le encomendó el oficio de procuradora de los bienes materiales del monasterio. Y ella servía a todas las hermanas con bondad y humildad y sobre todo con una sonrisa en los labios, como sirviendo en ellas a su esposo Jesús.

PROCENO

Un día de 1283 se presentaron en el monasterio algunos ciudadanos de Proceno. *Habían oído hablar de la santidad de Inés y le pidieron que fundara un convento en su ciudad. Las religiosas pensaron en enviar de Priora a sor Margarita, la maestra y guía de Inés, pero ella exigió que enviaran también a Inés. Al principio sus hermanas se resistían para no perderse la gracia y alegría que siempre les comunicaba Inés con su presencia y sus virtudes, pero al fin tuvieron que ceder y aceptaron que se fuera con sor Margarita*⁹.

Margarita e Inés salieron del monasterio del Saco, no sin pena, dejando a las hermanas con las que habían vivido toda la vida y llegaron a Proceno donde fueron bien recibidas por sus habitantes. Desde el principio hubo varias jóvenes dispuestas a seguir su camino y el convento comenzó a florecer con la guía y bendición de Margarita e Inés, dos almas de Dios.

Antes de pasar un año de su llegada a Proceno en 1284, el obispo de Viterbo, a cuya jurisdicción pertenecía el monasterio, determinó que las religiosas eligiesen abadesa; y fue elegida sor Inés. Para hacer efectiva la elección hubo que pedir la dispensa de edad y el Papa Martín IV se la concedió. A los 15 años fue constituida abadesa de la comunidad, recién fundada de Proceno.

Por supuesto que al principio le resultó duro aceptar el cargo y, por eso, tuvo que aceptarlo por obediencia a sus Superiores. En el nuevo monasterio llevó

⁸ Ib. p. 19.

⁹ Ib. p. 13.

una vida de penitencia, ayuno y oración mientras estuvo sana en los 15 años que estuvo de Priora de Proceno, porque Dios le envió en algunos momentos alguna grave enfermedad y sus confesores y médicos le ordenaron que tuviera más descanso nocturno y mejor alimentación, y tuvo que obedecer.

Sucedió que para la confirmación del monasterio de Proceno por la Sede apostólica, Inés viajó a Roma. Allí visitó los lugares donde estuvieron san Pedro y san Pablo y manifestó su deseo de tener algunas reliquias de ellos. Un día, mientras ella estaba en oración, encontró en su regazo dos partecitas de vestido, de las cuales una era del vestido del Vicario de Cristo (de san Pedro) y la otra del doctor de las gentes (san Pablo) ¹⁰.

Inés deseaba con mucho interés visitar los santos lugares de Palestina. Como se lo pidiese durante mucho tiempo y su divino esposo no se lo quisiera negar, un día de pronto encontró su mano llena de polvo de tierra coagulado y duro. Pensando qué podía ser, un ángel le reveló que esa tierra había sido tomada donde el Salvador del mundo había derramado su sangre, cuando estaba en la cruz. También le entregó el mencionado ángel para su consuelo un pedacito de la sagrada vasija en la que la Virgen María había bañado al Niñito Jesús. Inés, al recibir estas reliquias, dio humildemente gracias al Señor y conservó estas reliquias con otras que ya tenía ¹¹.

Una vez, en invierno, en el mes de enero llegaron a Proceno varios hombres, que vivían como ermitaños dados a la penitencia. *Fueron a visitar a Inés a su convento a causa de su fama. Ella, conociendo que eran siervos de Dios, los recibió con mucha caridad y veneración. Y después de haber estado con ellos en coloquios edificantes, los invitó a comer. Ella comió con ellos para poder hablar más del Señor. De pronto, en el plato de Inés apareció milagrosamente una rosa bella y fragante, que llenó a todos de admiración tanto más cuanto que, siendo tiempo de invierno y frío riguroso, no era natural. Ella les dijo: “El Señor omnipotente quiso enviarnos esta rosa en tiempo frío para que vosotros encendáis vuestras mentes con el fuego de la caridad y para que os confortéis con el olor de los ejemplos de las virtudes de los santos. Y ellos conocieron que la causa de aquel portentoso había sido la santidad de Inés y que el cielo había querido testificarla así* ¹².

Inés era muy agradecida por los favores recibidos. *Había un hombre que era familiar suyo y ayudaba mucho al monasterio de Proceno. Ella lo encomendaba muchas veces en sus oraciones. Un día tuvo una visión del*

¹⁰ Ib. p. 25.

¹¹ Ib. p. 24.

¹² Ib. pp. 35-36; puede leerse el libro de Testa, *La rosa sul piatto*, Ed. Il cenáculo, Firenze, 1977.

*infierno. En él había crueles tormentos y violentas llamas. Ella se llenó de congoja, aun sin saber para quién se preparaban aquellos tormentos. Preguntó para quién eran y le respondieron que para el mismo sujeto por quien ella oraba, siendo su principal culpa no haber confesado enteramente sus pecados en el tiempo de 30 años. Desapareció la visión, dejándola sumamente afligida y llamó lo antes posible al interesado, que vino de inmediato. Ella le contó la visión y le aconsejó confesarse y, llamando a un confesor, él se confesó humildemente. Al poco tiempo de su confesión cayó enfermo y murió. Ella vio su alma, saliendo de su cuerpo y salvada por su buena confesión. Esto se lo contó a sus religiosas, que no conocían que había estado enfermo ni que había muerto, pero dieron muchas gracias a Dios por todo*¹³.

MONTEPULCIANO

Era tanta la fama de santidad de Inés que los habitantes de Montepulciano deseaban tenerla entre ellos y que fundara un monasterio. Ella se negó, pero al ver que no podían convencerla, le pidieron que al menos fuera unos días a visitarlos, a lo que ella accedió para consolarlos. Fue acompañada con algunas señoras y religiosas. Y tanto le insistieron en que fundara un convento que ella oró al Señor para discernir lo que convenía hacer. Tuvo una visión. *Le pareció estar en medio del mar, aunque estaba plácidamente sereno. En él había tres naves, no menos dignas, y que representaban a tres grandes y esclarecidas Órdenes religiosas: la de san Agustín, la de san Francisco y la de santo Domingo. Cada uno de ellos quería traer a su barco a Inés y, después de hablar, dijo santo Domingo a sus compañeros: “Vendrá a mi barco, porque así lo dispuso el Señor todopoderoso”. Y, extendiendo su mano, la introdujo en su barco y todo desapareció.*

*Entonces un ángel se le presentó a Inés y le dijo: “Recuerda que, cuando estabas en el primer monasterio, donde tomaste el hábito, la Virgen te entregó tres piedrecitas y te indicó que era para la edificación de una iglesia en su honor”. Y ella respondió: “Recuerdo y doy gracias por ello, porque ese monasterio ya se lo edificué” (se refería al convento de Proceno). El ángel le contestó: “No es ese el convento a que se refería, sino el de Montepulciano y debe estar en el lugar donde todavía está la casa de las pecadoras. Allí edificarás una iglesia en honor de la Virgen María, madre del hijo de Dios, y también fundarás un monasterio. Consuélate y actúa con fortaleza porque el Señor estará contigo en todas tus obras”*¹⁴. Era el año 1306.

¹³ Ib. pp. 36-37.

¹⁴ Ib. pp. 40-41.

Entonces ella con la seguridad que le había dado la visión, decidió cuanto antes ir a Montepulciano con la hermana Catalina. Allí les expresó a los habitantes su decisión y ellos, contentos, le dieron todo su apoyo. Ella les dijo: *Ahora necesito vuestras manos para que me ayudéis. Mi intención es fundar el convento en el lugar donde está el prostíbulo en la cima del monte. Ellos le preguntaron qué ayuda deseaba de ellos, y les contestó: “Necesito que me prestéis el dinero para comprar esa casa de perdición”*.

Todos los ciudadanos se pusieron en acción y juntaron gruesas limosnas y ella compró por 1.200 libras senenses la casa de las pecadoras y comenzaron las obras para la construcción de la iglesia y el convento. Pidió el permiso correspondiente al obispo diocesano para fundar una iglesia bajo el título de la Virgen María y con la Regla de San Agustín fundar el monasterio. Obtuvo los permisos deseados, como yo (Raimundo) varias veces he leído. Y más tarde obtuvo el permiso de la Sede apostólica para que la Orden de predicadores (dominicos) tuviera el cuidado de este convento ¹⁵.

Inés, en algunas ocasiones, fue en éxtasis al paraíso, donde vio secretos admirables. Allí vio a la Virgen María sentada en un trono y delante de ella había una multitud de ángeles que la asistían. Algunos cantaban con voces dulcísimas en honor de la Virgen María ¹⁶.

El convento de Montepulciano llegó a ser dominico por iniciativa de Inés entre 1306 y 1317, pues, para que una Orden se hiciera cargo de un monasterio preexistente, hacía falta la aprobación de tres capítulos generales consecutivos. Ella aceptó las Constituciones de las religiosas dominicas, poniéndose totalmente bajo la dirección de los frailes de la Orden de predicadores y bajo la Regla de San Agustín. A partir de ese momento, el tratamiento, que anteriormente se daba a la Superiora de abadesa, se cambió por el de Priora y quedó prácticamente adscrito el convento a la Orden dominicana.

Para la construcción del convento, Dios le ayudó de varias maneras. Murió un hombre muy rico de Montepulciano y consignó una gran suma de dinero: cien libras de moneda cortonense, para que se diese en limosna al arbitrio de su hija, universal heredera. Esta señora estaba indecisa y consultó con una matrona de Montepulciano, pero ésta no quiso responder hasta encontrar luz en la oración. Un día, estando en oración, le pareció ver una escalera que desde la cumbre de un monte, donde estaba el convento de santo Domingo, cuya abadesa era Inés, subía hasta el cielo.

¹⁵ Ib. pp. 41-43.

¹⁶ Ib. pp. 32-33.

Sin perder tiempo llamó a la señora heredera del dinero y le refirió la visión, conviniendo ambas en que la voluntad de Dios era que diese esa cantidad para la construcción del recién fundado convento de Inés en Montepulciano. Este ejemplo movió a otros fieles a colaborar con limosnas ¹⁷.

Había en el convento una hermana, llamada Mitaya, a quien una enfermedad de la cabeza la dejó ciega. Viendo esto sus familiares, buscaron remedio a su ceguera y pidieron permiso a Inés para llevarla a una aldea vecina, donde vivían unos descendientes de un varón santo, los cuales, según decía la gente, tenían el poder de sanar las enfermedades de los ojos. Inés les respondió que tuviesen paciencia por unos días más y esperasen, poniendo en Dios su confianza. Hizo venir a la religiosa ciega y le dijo: “Mita, hija, si el Señor te da la gracia de curarte, ¿quieres mientras vivas cumplir lo que yo te mande?”. Mita respondió: “Madre, cumpliré lo que me mandes, si me curo”. Entonces Inés le dijo: “Hija, quiero que mientras vivas no llores con esos ojos ningún daño temporal que te suceda, sino que desprecies todos los afectos del mundo por amor de nuestro amadísimo esposo”. Dicho esto, hizo la señal de la cruz sobre los ojos de Mita e instantáneamente recobró la vista ¹⁸.

Un domingo, mientras oraba muy temprano, Inés se quedó adormilada y, al despertar, vio un ángel que estaba a su lado y la llevó desde su celda a un olivo del huerto. Allí le dio de beber del cáliz, diciéndole: “Bebe, esposa de Cristo, de este cáliz que el Señor Jesucristo también lo bebió por ti”. Bebió por amor a su esposo Jesús y, antes que terminara de beber, desapareció la visión y la sierva del Señor, vuelta en sí, se encontró en su celda como al principio. Pero ella entendió que el Señor le preparaba muchas tribulaciones.

Esta visión se repitió durante nueve domingos seguidos y ella aceptó gustosa todos los trabajos y sufrimientos que su esposo Jesús le enviase ¹⁹.

Un día una imagen de la Virgen lloró lágrimas de sangre y ella lo interpretó como que eran inminentes varias desgracias producidas por la guerra, tanto en Montepulciano como en toda la región toscana.

Por otra parte, no es de extrañar que el Señor enviara a sus ángeles a guardar a su esposa, sino también a cumplir sus deseos ²⁰. Por eso, fueron muchos los milagros y bendiciones que recibieron las religiosas de su convento y los habitantes de su ciudad.

¹⁷ Ib. pp. 43-44.

¹⁸ Ib. pp. 46-47.

¹⁹ Ib. p. 48.

²⁰ Ib. p. 25.

EL DEMONIO

El demonio, con el permiso de Dios, la tentó y molestó muchas veces. Recordemos, cuando era niña, cómo los demonios, bajó la forma de cuervos, quisieron hacerle daño. El padre Raimundo declaró: *Mis relatoras me comunicaron que sor Inés tenía un poder especial para expulsar demonios. Le llevaban muchos endemoniados, algunos atados, y ella daba órdenes a los malos espíritus y los endemoniados recibían la salud. Un día llevaron a uno atado y acompañado por muchos hombres. A todo el que se le acercaba lo hería con uñas y dientes. Antes que Inés bajara a verlo, rompió todas las ataduras y, corriendo por el claustro, encontró a una niña que estaba en el monasterio para su educación. Quería echarla a un pozo para ahogarla. Pero apareció Inés y le dijo: “Maldito demonio, de parte de Dios omnipotente te ordeno que inmediatamente dejes a esa niña sin ningún daño”. El endemoniado obedeció de inmediato a Inés. Y ella, haciendo la señal de la cruz sobre él, expulsó al demonio y se lo devolvió sano a sus acompañantes.*

Sucedía que muchas veces, mientras las hermanas dormían, Inés estaba vigilante en oración y sentía que el demonio entraba en el lugar de la oración o en el dormitorio para molestar a las religiosas. Entonces, Inés llamaba a sus religiosas y les mandaba que dijese sus culpas según mandan las Constituciones y, después, si estaban en el dormitorio, les decía: “Dormid, hijas, que Dios, vuestro protector, os guardará”. Y el demonio se iba y dejaba en paz a todas ²¹.

Una vez sucedió que, mientras Inés vivía en Proceno, en un lugar cercano, llamado Acquapendente, había un endemoniado que con actos horribles hacía sufrir mucho a sus parientes y vecinos. Pidieron ayuda a los sacerdotes, pero ellos no pudieron hacer nada al respecto. Alguien les señaló a sus familiares que en Proceno había una santa, llamada Inés, que era la abadesa del monasterio, por medio de la cual Dios hacía muchos milagros. Algunos de ellos fueron a visitarla y le rogaron encarecidamente que por caridad fuera a su pueblo para orar por el enfermo. Inés, movida de compasión y caridad, viajó a Acquapendente con algunas de sus hermanas.

Cuando llegó al lugar, el demonio soberbio comenzó a maltratar al endemoniado. Entró por la puerta de la casa y el demonio dijo por boca del endemoniado: “No puedo permanecer aquí, porque entró la virgen Inés”. Y,

²¹ Ib. pp. 59-60.

dicho eso, inmediatamente salió. El hombre quedó liberado y la santidad de Inés quedó demostrada ante todos los presentes ²².

Cuando Inés volvió de su viaje a Roma en 1311, adonde había ido a pedir los permisos correspondientes, encontró la obra del convento casi terminada, pero pronto vino un suceso amargo: todo lo construido se vino abajo, ya sea porque por la prisa en construirlo dieron poco tiempo para que fraguasen los materiales o porque el demonio, envidioso de verse arrojado de aquel lugar, empleó su violencia y su furia contra aquel convento, permitiéndolo Jesús para que luciesen mejor las virtudes de su esposa Inés.

Pero Inés no se dejó avasallar por el infortunio y comenzó con nuevos bríos la tarea de la reconstrucción del monasterio y fue tan copioso el número de las limosnas y tanto el fervor de los vecinos de Montepulciano que en breve tiempo se edificó el monasterio y con más magnificencia y hermosura que la primera vez, burlando Dios así las insidias del demonio.

El mismo año que falleció Inés, había en Monte Latrone, aldea del Estado de Siena, un joven llamado Juan que estaba oprimido por el demonio y esto causaba mucha lástima a sus padres y a cuantos lo conocían. Cuando asistía a la iglesia y se celebraban los divinos misterios, no podía aguantar y no podía ni mirar las imágenes sagradas. A la gente le tiraba piedras, haciendo otros actos de maldad. Por lo cual sus familiares lo llevaron a la iglesia de santa Inés y, después de hacer oración pidiendo la salud del joven, antes de salir de la iglesia, Dios los liberó del poder del demonio. Cuando fue liberado dijo que no se acordaba de lo que decían que hacía. Y dio testimonio público de su curación.

Al año siguiente, hubo algo más maravilloso. En cierta aldea, llamada Foiano, una mujer llamada Benita estaba también oprimida por malos espíritus. Y los demonios clamaban por medio de ella que no saldrían si no iban a visitar la iglesia de Inés. Oído esto por Vitarino, su esposo, junto con otros parientes y amigos decidieron llevarla a la iglesia de santa Inés e hicieron un voto al Señor. Cuando estaban llegando a la iglesia, los demonios, previendo que iban a ser expulsados, querían hacerla retroceder, pero consiguieron que entrara en la iglesia y, en ese momento, fue liberada de todo poder de los malignos espíritus ²³. Y así otros casos.

²² Ib. pp. 26-27.

²³ Ib. pp. 90-91.

CARISMAS

Inés conocía los pensamientos de las personas, especialmente de sus religiosas. Un día se encerraron ciertas religiosas por breve tiempo para tratar de algunas vanidades del siglo, aunque no eran cosas graves, sino más bien puerilidades. Estaban muy seguras de que nadie conocía aquel vano entretenimiento. Pero Inés llamó a las interesadas y las reprendió con severidad, dándoles claras señales de que sabía lo que habían hablado, como si hubiera estado presente. Y esas religiosas quedaron asombradas y enmendadas de su acción²⁴.

Una religiosa se distraía mucho en la oración y en el rezo del Oficio divino. Creyó que nadie podía saberlo, pero un día la llamó Inés y la reprendió de la poca reverencia y del descuido que tenía en las sagradas funciones. Esta religiosa se asombró, pero se corrigió de su negligencia.

Sucedió que, mientras vivía en Montepulciano, se originaron muchas discordias y disensiones entre algunas personas importantes de la ciudad. Inés, junto a sus hermanas, fue delante de una imagen de la Virgen María y les mandó que con todo fervor pidiesen a María alcanzase de su Hijo la serenidad para los ánimos inquietos. Estando todas en fervorosa oración, vieron que Inés perdía su color natural y estaba pálida, con la frente arrugada y dando suspiros; y derramando algunas lágrimas, se cubría de sudor.

Entonces se dirigió a sus monjas y les dijo: *“Oremos más fervorosamente a la Virgen, porque Su Majestad hace ver claramente las muchas tribulaciones y calamidades que padecerá, no solamente este lugar, sino toda la Toscana con los graves sucesos que van a venir. Y pronto vendrá la ira de Dios a castigar los muchos pecados que se cometen”*.

*Sucedió así, pues a los pocos años, se suscitaron las guerras entre güelfos y gibelinos (partidarios del Papa y del emperador) y la Toscana entera (tierra de la santa, ya que incluía Montepulciano) quedó afectada por estas guerras que asolaron el país*²⁵.

No olvidemos que Dios le concedió también el don de curar y de hacer milagros. Tenía éxtasis, perfume sobrenatural (sobre todo después de su muerte), recibía maná celestial y flores hermosas durante la oración y otros dones más.

²⁴ Ib. pp. 60-61.

²⁵ Ib. pp. 61-62.

Las religiosas de su convento al observar después de su muerte que de su cuerpo salía un perfume tan suave y penetrante, lo proclamaron a grandes voces a todas las personas que llegaban a visitar el cuerpo de la santa, quienes se arrodillaban y le besaban los pies y también percibían el maravilloso aroma. Y para experimentarlo más claramente le quitaron los calcetines y salió de sus pies un olor más suave que al principio como para demostrar a todos que ese olor provenía de su cuerpo y no de otra cosa extraña ²⁶.

HECHOS SOBRENATURALES

En una oportunidad cayó enferma y los médicos y confesores le urgían que comiese carne, pero ella no aceptaba. Un día sus religiosas le prepararon un plato con carne para reparar su debilidad con ese alimento más sustancioso, pero ella no quiso comerla, diciendo que no tenía apetito y que de mejor gana comería un pescado. Y tanto le instaban, porque era deseo de los médicos que ella se puso en oración, pidiendo a Dios que le trajera pescado. Las religiosas presentes quedaron estupefactas, porque la carne se transformó en pescado y entonces Inés dio gracias a Dios y lo comió con gusto.

Afirma el beato Raimundo: *Las cuatro hermanas que me informaron sobre la vida de Inés, me declararon que, mientras estaba en el convento de Proceno, acostumbraba a ir sola al huerto del monasterio y orar junto a un olivo. Esto lo hacía muchas veces y sucedió que un domingo por la mañana fue a orar al huerto bajo un olivo, de rodillas y con las manos juntas, como acostumbraba y llorando de emoción. Permaneció en ese lugar desde la mañana hasta la tarde. Y se le apareció un ángel llevando consigo la comunión. Ella hizo primero reverencia al Rey de los ángeles y después al mismo ángel y recibió la comunión de su mano. De esta manera ni dejó su oración, ni fue privada de la comunión, sino que fue confortada con el Santísimo Sacramento* ²⁷.

Y esto no sucedió una o dos veces sino durante diez domingos seguidos. Piensa, amable lector, que al Señor no le bastaba que hubiera abundancia de ministros humanos para darle la comunión. Leemos en las vidas de los santos que algunos recibieron la comunión de mano de los ángeles, porque estaban en lugares solitarios donde no había ministros para dar la comunión. Pero que esto sucediera habiendo suficientes ministros es raro y fue un privilegio singular que Dios le concedió ²⁸.

²⁶ Ib. pp. 69-70.

²⁷ Ib. pp. 22-23.

²⁸ Ib. p. 23.

Algo muy especial que le ocurría a Inés y que es insólito en la vida de otros santos, es que durante la oración su manto se llenaba de maná celestial. A veces, en el lugar en que ella había estado arrodillada y donde había colocado sus rodillas, Dios hacía surgir flores y salía un suavísimo olor. Así lo cuentan algunos testigos de estos hechos ²⁹.

Sobre el maná que venía sobre ella, cuando estaba en oración (afirma Raimundo de Capua): *Cuatro religiosas de su convento me lo contaron como testigos presenciales. El maná como nieve tenía la figura de cruz. Las hermanas creían que era nieve. Inés les prohibió que le sacudieran el manto cubierto de ese maná y le dijo a una: “Deja, hija, lo que la dulzura divina me ha concedido, no lo quites”. Y las otras religiosas entendieron que no era algo material, sino algo divino, porque además solo se producía, cuando ella estaba en oración.*

Cuando el obispo diocesano de Orvieto vino a Proceno, quiso imponer con sus manos el velo sobre la cabeza de Inés. Según la costumbre, entró el obispo en procesión con todo el clero a la iglesia donde Inés iba a ser consagrada y encontró toda la iglesia llena del maná celestial, desde el pavimento hasta los altares, especialmente el altar mayor donde, debía imponerle el velo. Al principio examinó el obispo, si era efecto de la naturaleza o cariño y obsequio de las religiosas para solemnizar el acto, pero la abundancia del maná que continuamente caía, le convencieron del carácter milagroso del hecho. Y muchos tomaron de ese maná para guardarlo en vasos, donde se conservó por mucho tiempo ³⁰. Y lo tuvieron como reliquia para curar enfermos.

Cada día Inés se encendía más en amor a Jesús y deseaba verlo cara a cara y poder abrazarlo sensiblemente. Un día pensaba que podría subir al cielo por una escalera y ver a Jesús. Esta escalera debería ser la Virgen María, mediadora entre Dios y los hombres. Por eso, Inés recurrió a la Virgen María para obtener su deseo de que le mostrara a su hijo. Una noche estaba orando a la Virgen para que el día de la Asunción le concediera esa gracia y de pronto vino una luz del cielo y en medio de la luz apareció María, reina del mundo, rodeada de luz, teniendo a su hijo en sus brazos. Inés se llenó de asombro y de alegría a la vez. *María le mostró su hijo y le invitaba a tomar a su hijo en sus brazos. Ella lo tomó y, estrechándolo contra su pecho, se sentía llena de inmensa felicidad. Así estuvo por un largo rato. Y como ya era tiempo de terminar la visión, la Virgen le pidió que le devolviera a su hijo, pero Inés se resistía, diciendo que no podía separarse de esposo tan dulcísimo y no quería devolverlo. Así que la misma Virgen María se lo tomó de sus brazos con suavidad y, como Inés había hecho*

²⁹ Ib. p. 16.

³⁰ Ib. pp. 17-18.

fuerza para no separarse de él, se quedó con una crucecita que el Niño había tenido al cuello ³¹.

Cuando la visión desapareció, se quedó tan triste que cayó en tierra llorando a gritos. Las hermanas oyeron sus clamores y acudieron a ver qué había pasado y la encontraron medio muerta. Cuando se recuperó, le preguntaron qué había pasado, pero no quiso revelar su secreto. No obstante, se lo reveló en una ocasión a cierta hermana llamada Catalina y le habló de la cruz que tenía del Niño.

Un día Inés pidió al monasterio de Proceno la cruz que le había sacado al Niño Jesús y que la guardaban como una reliquia. Sin embargo, las religiosas de Proceno se resistieron a entregarle dicha reliquia. Inés siguió insistiendo en que le devolvieran la cruz y les dijo: “Si no me la dais, haré que se os quite contra vuestra voluntad”. Como no hubo respuesta favorable, ella oró al Señor para que pudiera recuperarla por su omnipotente misericordia. Y de inmediato un ángel le trajo la dicha cruz. Ella, al verla entre sus manos, le dio inmensas gracias a Dios, dador de todo bien.

Después envió un aviso a las hermanas de Proceno para que buscaran la cruz, a ver si la encontraban. La buscaron y no la encontraron. Entonces Inés les comunicó: “Os pedí la cruz una y otra vez y no me la concedisteis; pedí al Señor una sola vez y me la devolvió por su benignidad. Procurad nunca contradecir la voluntad del Señor” ³².

Esta cruz del Niño Jesús todavía se conserva en el convento de Montepulciano y se expone con otras reliquias a la veneración de los fieles el primer día de mayo de cada año.

³¹ Ib. pp. 19-20.

³² Ib. pp. 57-58.

PROVIDENCIA DE DIOS

Sucedió en el convento de Proceno que muchas veces se acababa el aceite. *Un día la provisoro fue a avisarle que ya no había ni una gota para cocinar. Ella respondió: “Hija, vete otra vez a ver si hay al menos un poco de aceite”. La provisoro insistió en que había mirado bien y no quedaba absolutamente nada. Inés le contestó: “Créeme, hija, que la vasija no está vacía. Vuelve otra vez y mira”. La provisoro volvió a mirar de nuevo por obedecer y encontró la vasija totalmente llena de aceite. Y lo maravilloso fue que la vasija era pequeña y cabía aceite para pocos días; y duró toda la Cuaresma para todas las necesidades del monasterio*³³.

El padre Raimundo declaró: *Mis relatoras me refirieron que una vez faltaba totalmente el pan en el monasterio de Proceno y, llegando la hora de comer, Inés mandó preparar las mesas y que todas se sentaran. Ella las exhortó a tener paciencia. Todas estaban ya preparadas para comer las hierbas como único sustento. Sin embargo, oró al Señor dentro de sí y, terminada la oración, con gran alegría y elevando sus manos al cielo como si quisiera recibir algo de lo alto, recibió un pan, viéndolo las demás que vino de los aires. Dio las gracias a Dios y dividió el pan entre todas. Fue maravilloso ver cómo aquel pan había venido por manos de ángeles*³⁴.

En el convento de Montepulciano, un día no había nada de pan para la comida y se lo comunicaron a Inés. Ella las animó a confiar siempre en la providencia de Dios y les avisó que la ayuda de Dios estaba cercana.

*Aún estaba ella hablando, cuando tocaron al torno, y la tornera encontró cuatro panes pequeños; que apenas bastaban para dos hermanas. Pero los tomó como venidos de Dios y los llevó a Inés, diciendo: “He aquí, Madre; lo que usted dijo se ha comenzado a cumplir, y mostró los panes. Inés mandó sentarse y, tomando esos pequeños panes en sus manos, dando gracias, los partió y los distribuyó. Esos panes crecieron en sus manos, porque todas las hermanas pudieron comer de ellos y quedaron satisfechas y quedaron tantas sobras que pudieron dar a otras personas*³⁵.

En el monasterio se criaban y educaban algunas niñas y a veces pedían pan fuera de las horas de las comidas. No había pan y las niñas no dejaban de pedir con palabras y quejas insistentes. Inés llamó a la hermana Catalina y le dijo que les diera pan a las niñas. Catalina respondió que no había ni un

³³ Ib. p. 28.

³⁴ Ib. pp. 30-31.

³⁵ Ib. pp. 29-30.

poquito, todo se había terminado. Inés insistió en que fuera de nuevo a mirar al arca del pan y les diera del pan que encontrara. Cuando Catalina por obediencia fue a ver, encontró tantos panes que casi no cabían en el arca. Por eso, llena de asombro y alegría, volvió dando gracias a Dios y dio pan a las niñas, y lo que sobró lo dejó para las necesidades del monasterio ³⁶.

Otro caso sucedió tanto en Proceno como en Montepulciano. No había dinero para pagar a los constructores y ella, mandando que miraran bien en la bolsa del dinero, que habían visto vacía, encontraron el dinero suficiente para las necesidades ³⁷.

Una hermana, religiosa de la penitencia de santo Domingo, me contó (a Raimundo de Capua) algunos milagros de la santa, mientras estuvo en el balneario de Chianciano. Un día estaban comiendo y faltaba el vino, que no podía conseguirse en ningún sitio cercano. Inés, llevada de su espíritu de compasión, mandó traer agua de la fuente. Le trajeron una vasija llena de agua. Entonces Inés levanto sus ojos al cielo y, orando dentro de sí, hizo la señal de la cruz sobre la vasija y les entregó a todos el agua convertida en vino para que bebieran ³⁸. Todos quedaron asombrados y ella les prohibió que publicaran el milagro.

PALABRAS DE JESÚS

Jesús le dijo a santa Catalina de Siena: A veces tengo providencia, multiplicando una pequeña cantidad que no basta, como tú sabes sucedió con aquella dulce virgen santa Inés. Esta me sirvió, desde su infancia hasta la muerte, con verdadera humildad, con firme esperanza, sin preocuparse con inquietud de sí o de su familia. Con fe viva y por mandato de María, ella, pobre y sin ningún bien temporal, se dispuso a levantar el monasterio. Sabes que era un lugar de pecadoras. Y no pensó: ¿Cómo podré hacerlo?, sino que con toda solicitud en su trabajo, con mi providencia, lo convirtió en lugar santo, monasterio destinado a religiosas. En él congregó en el principio hasta dieciocho vírgenes, sin que tuvieran más que lo que yo les proporcionaba. Una vez, entre otras, permití que estuvieran sin pan y que se mantuvieran durante tres días sólo de hierba. Si me preguntaras: ¿Por qué obraste así, habiéndome dicho antes que jamás faltas a tus siervos que esperan en ti y que se hallan en necesidad? Parece que en este caso faltó lo necesario, ya que el cuerpo generalmente no vive de hierba y no suele bastar al que no es muy perfecto. En

³⁶ Ib. p. 30.

³⁷ Ib. p. 29.

³⁸ Ib. p. 54.

este caso, si Inés lo era, no habían llegado las otras a esta perfección. Te respondería que lo hice y lo permití para embriagarla de mi providencia y para que las otras, que eran todavía imperfectas, en el milagro que luego vino tuvieran materia para poner el principio y fundamento de su perfección en la luz de la santísima fe. En las hierbas o en cualquier otra materia, cuando ocurren casos semejantes, encierro propiedades, para que el cuerpo humano pueda vivir mejor con aquel poco de hierba, y a veces sin comida, que antes cuando tenían pan y otros manjares destinados por sí a sostener la vida del hombre. Tú sabes que es así por haberlo experimentado en ti misma.

Digo que otras veces proveo multiplicando una pequeña cantidad. Estando santa Inés en las circunstancias que te he dicho, volvía los ojos de su espíritu con luz de la fe y decía: “Padre y Señor mío, Esposo eterno, ¿me has hecho traer estas hijas de las casas de sus padres para que perezcan de hambre? Provee, Señor, a su necesidad”. Yo era el que le hacía pedir, deseando probar su fe, y me era agradable su humilde oración. Extendí mi providencia satisfaciendo lo que en su corazón me pedía, y por inspiración mía hice que un siervo mío les llevase cinco panecitos. Se lo manifesté a Inés en su mente, y ella, volviéndose a las hermanas, les dijo: “Id, hijas mías; atended a quien llama en el torno y tomad aquel pan”. Lo tomaron y se sentaron a la mesa. Y le di tanto poder en el partir el pan, que todas quedaron satisfechas, y recogieron tanto de lo que quedó sobre la mesa, que tuvieron para otra vez cumplidamente ³⁹.

CHIANCIANO

En 1316 el Señor le envió una grave enfermedad y los médicos le recomendaron ir a los baños de Chianciano, cuyas aguas termales se habían hecho célebres por la curación de muchas enfermedades, aunque ella conocía el poco efecto que harían en ella. Así pues, en compañía de algunas honestas matronas y del mismo confesor, fue a los baños. Llegó muy débil y afligida por sus dolencias. *Apenas entró en las aguas cuando se vio en toda la circunferencia en torno a ella una blanda lluvia de aquel maná prodigioso que varias veces le había llovido, haciendo oración en su vida pasada, y que se manifestó especialmente en Proceno o el día de su consagración. Todos los moradores del pueblo de Chianciano asistieron asombrados a ver aquella novedad por ser tiempo de verano y no de invierno para que hubiera nieve. Además solo estaba el maná alrededor de ella. Mientras unos hablaban de qué podía ser, otros recogían con ansia los granos de maná. Otro suceso maravilloso fue que nació repentinamente una fuente muy abundante, lo que aumentó la admiración del*

³⁹ *El Diálogo, obras de santa Catalina de Siena*, BAC, Madrid, 1955, pp.503-504.

pueblo y esa agua milagrosa sirvió para la curación de enfermedades al igual que el maná prodigioso ⁴⁰.

Cuando Inés salió de los baños vestida con su hábito religioso, unos jóvenes maleducados se burlaron de la sierva de Dios. Alguno se llenó de sana ira, pero ella lo contuvo y tranquilizó y mandó matar algunos pollos que había traído de su convento por motivo de su enfermedad, y con mucha caridad se los envió a los jóvenes burlones. Y como alguno quería impedirlo, ella con suaves palabras le convenció de que no lo hiciera. Y aquellos jóvenes se arrepintieron y fueron a postrarse a sus pies, teniendo sus cinturones al cuello y le pidieron perdón, prometiendo nunca volver a hacerlo más. Ella los levantó, los edificó con su paciencia y convirtió sus corazones por su gran caridad ⁴¹.

Otro día estaban también comiendo a la mesa y una niña, que trabajaba con su madre al servicio de Inés, al querer partir el pan, se hirió también la rodilla. Quiso ocultar el hecho, pero le salía mucha sangre y no pudo disimularlo. Su madre acudió a ayudarla, pero Inés tomó la niña de la mano y les dijo a los presentes: “*Dejad que venga conmigo y con la ayuda del todopoderoso os la devolveré sana*”.

La llevó al balneario y con el agua que había aparecido por sus méritos, la bañó. Algunos presentes le dijeron que no lo hiciera, porque el agua era nociva para las heridas. Ella la lavó bien y después se la llevó a su madre sana, diciéndole: “Mira si tu hija está sana”. Sólo quedaba una cicatriz en señal del milagro realizado. Y todos los presentes se asombraron del milagro de la inmediata salud de la niña, conseguida con solo un poco de agua ⁴².

Cierto niño entró en el agua del balneario y, pensando que era poco profundo, quedó sumergido y ahogado. Cuando le avisaron a su madre, corrió a verlo y encontró al niño sumergido. Con sus gritos y lamentos vinieron varias personas a ver qué pasaba. Cuando el cuerpo del niño fue sacado del agua, la madre comenzó a gritar con desgarradoras voces. Inés que la oyó, acudió con otras matronas a ver lo sucedido. Tomó al niño en su regazo y lo llevó a otro sitio donde no hubiera tanta gente. Y allí de rodillas oró a Dios para que el niño pudiera resucitar. Y cuando Inés terminó su oración, hizo la señal de la cruz y el niño resucitó, como saliendo de un sueño. Inés se lo devolvió vivo a su madre y ésta en alta voz daba inmensas gracias a Dios y a su sierva ⁴³.

⁴⁰ Ib. pp. 49-51.

⁴¹ Ib. pp. 52-53.

⁴² Ib. p. 55.

⁴³ Ib. pp. 56-57.

SU MUERTE

Cuando Inés regresó de los baños, su enfermedad comenzó a agravarse. Todas las hermanas se reunían alrededor de su lecho y lloraban. Ella las animaba, diciendo que si la querían, debían alegrarse, porque iba a la gloria celestial para estar con su esposo. Ellas respondían que se alegraban por ella, pero que se iban a quedar sin una madre. Entonces les dijo: *Si hasta ahora os fui útil por gracia de Dios, os prometo que seré más útil desde el cielo.*

Pidió los santos sacramentos de la Iglesia, recibéndolos con gran devoción. Después les habló, dándoles algunos consejos como una madre a sus hijas, dejándoles como un testamento para la posteridad. Y teniendo en las manos un crucifijo y alzando su vista al cielo, se encomendó al Señor y entregó su espíritu. Murió en la noche del 19 al 20 de abril de 1317.

Es digno de anotarse que en el mismo momento de su muerte, todos los niños de la ciudad que dormían, pues era media noche, se despertaron y gritaron: *Sor Inés, la santa ha muerto* ⁴⁴.

Por la mañana se divulgó la noticia de su muerte. Muchas doncellas se congregaron sin ser llamadas y entre sí reunieron dinero para comprar velas para los funerales de sor Inés. *Una de las religiosas tocó su rosario con el cuerpo de la santa y, arrimando sus labios para besarlo como algo bendito, sintió una fragancia tan suave que la llenó de consuelo. Participó esta novedad a las otras hermanas; y, observaron que besando los pies y las manos de la santa, sentían el perfume. Igualmente, besando sus vestidos u objetos personales; y lo mismo se sintió en toda la estancia donde estaba el cuerpo de la santa* ⁴⁵.

Había en la ciudad una señora que tenía una enfermedad en un brazo. Inés se le apareció, rodeada de luz y acompañada de muchos ángeles, y le preguntó si la conocía. Respondió:

- *Me parece que sois la abadesa de santa María de Novella.*
- *Sí, lo soy y ahora me voy a la gloria del cielo. Si tú deseas sanar de tu brazo, vete cuando amanezca a mi convento y allí, tocando mi cuerpo, quedarás perfectamente sana.*

Y dicho eso desapareció. Al amanecer, la señora fue al convento. Las religiosas no querían decirle que ya había muerto Inés, pero ella insistió en

⁴⁴ Ib. p. 64.

⁴⁵ Ib. p. 69.

que la había visto y que le había dicho que fuera a curarse. Al fin, las religiosas le dejaron tocar su cuerpo y de inmediato quedó curada ⁴⁶.

Algunos de los que iban de otros lugares, más o menos distantes, a visitar la tumba de Inés para pedir la curación de sus enfermedades, desde que entraban a la iglesia ya eran curados. En algunos casos se oía el crujido de los huesos cuando se curaban, para que no se pudiera negar la sanación. Otros se curaban al hacer un voto a la santa o ponerse una de sus reliquias.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

La santa se apareció a varias personas después de su muerte, invitándoles a visitar su cuerpo para ser curadas de sus enfermedades. *Entre éstas estuvo una señora muy enferma y que a la vez tenía varios hijos enfermos.*

Se le apareció y le dijo: “¿Me conoces? Yo soy Inés. Me aparezco a ti, porque hemos sido amigas, para que recibas consuelo y puedas sanarte tú y tus hijos. Id lo antes que podáis a mi monasterio para que podáis honrar mi cuerpo y ser curados”. La señora creyó en sus palabras sin dudar y se fue al convento con sus hijos y todos fueron curados ⁴⁷.

Las religiosas, pensando que su cuerpo podía corromperse como es normal con los difuntos, enviaron mensajeros a Génova para comprar bálsamos para el embalsamamiento, pero el Señor manifestó que no necesitaba ungüentos para la incorrupción y quiso dar un precioso licor que salió del cuerpo de la santa.

El cuerpo de la santa comenzó a sudar en las manos y en los pies gotas de un precioso licor para dar a entender que su cuerpo no necesitaba otras cosas. Las hermanas recogieron el licor, secándolo con paños y llenando un frasco para usarlo para sanación de enfermos ⁴⁸.

Afirma el beato Raimundo de Capua que en los documentos del archivo del convento encontró la relación de muchos milagros hechos por la santa, certificados por notarios públicos. Entre ellos está el siguiente ocurrido en Chianciano. Una mujer llamada Francisca, tenía una hija que también tenía un hijo llamado Juan, a quien Francisca quería con amor de madre. Asistió al balneario de Chianciano y llevó consigo al niño, quien imprudentemente se metió

⁴⁶ Ib. pp. 65-66.

⁴⁷ Ib. p. 70.

⁴⁸ Ib. p. 71.

al agua y se hundió quedando sumergido y se ahogó. Al darse cuenta la abuela Francisca, empezó a llorar y gritar desesperada. Lo sacaron del agua y ella hizo un voto a la santa y le pidió con ardiente fe la vida de su nieto y el niño volvió a la vida resucitando. Y Francisca declaró el milagro bajo juramento. Este suceso fue escrito en el libro el 1 de junio de 1317 ⁴⁹.

En Astiano, una mujer, llamada Grana, tenía un único hijo, que era todo su consuelo. Este se subió a un árbol alto para coger peras. Cuando estaba en lo alto, se rompió la rama y se cayó, quedando gravemente herido. Los presentes corrieron a auxiliarlo y lo encontraron sin sentido con algunos huesos rotos. Lo llevaron a su casa y su madre gritaba con lágrimas y lamentos a grandes voces. Al anochecer, el niño no daba aún señales de vida, pues estaba sin movimiento. Su madre se quedó un rato dormida y se le apareció santa Inés, consolándola y le prometió curarlo si se lo encomendaba. La visión desapareció, la mujer despertó de su sueño y prometió visitar las reliquias de santa Inés y entregar una imagen de cera, si se curaba su hijo. Apenas hecho el voto y su oración, el niño recuperó el sentido y el movimiento para gran alegría de su madre. Las heridas se le curaron en tres días, de modo que al cuarto día pudo salir de casa sin ningún problema. Este suceso lo escribió bajo juramento fray Santiago de Laterino, dominico ⁵⁰.

En Grosseto, ciudad de Toscana, un hombre, llamado Vanuccio, por causa de una guerra fue hecho prisionero y, para ser liberado, pedían la suma de 150 florines, de otro modo lo torturarían cruelmente. Acudió al poder de Dios en oración y oyó que en Montepulciano una santa hacía milagros. Quería saber el nombre de esta santa para pedirle su liberación de modo más personal y, en sueños, se le apareció Inés que le dijo: “Yo soy santa Inés y éste es mi nombre”. No temas, porque en breve serás liberado”. Al despertar hizo un voto a Inés de visitar sus reliquias, si era liberado. En la noche siguiente se encontró sin ligaduras, sin saber cómo, y salió de la cárcel sin que nadie se diera cuenta y huyó de sus carceleros. Y esto lo narró delante de un notario bajo juramento y lo firmó ⁵¹.

En Abadía del Pino, del condado de Arezzo, un hombre, llamado vulgarmente Capotone fue arrestado por homicidio. Fue llevado atado a Arezzo por 25 soldados armados. Él se encomendó a Inés y le hizo voto de visitar sus reliquias si era liberado. Esa misma noche se le apareció Inés y consolándolo le dijo: “No tengas miedo, porque no morirás, por haberte encomendado a mí. Mañana por la mañana, serás llevado a la ciudad, cuando todos se acerquen a

⁴⁹ Ib. pp. 76-77.

⁵⁰ Ib. pp. 77-78.

⁵¹ Ib. pp. 93-94.

*la aldea de “Plebs de Toppo”, se desatarán tus ligaduras por mi poder. Tú huye corriendo, entrando en la primera casa destruida que encuentres. Allí estarás hasta que se vayan los soldados. Y, aunque se acerquen a ti, les vendaré los ojos para que no vean”. Todo sucedió tal como ella dijo. Él quedó escondido en aquella casa, donde no lo vieron, aunque la registraron. Y se fue a Montepulciano a visitar la tumba de Inés para darle las gracias por su liberación. Este hecho lo publicó ante toda la gente en la misma iglesia de Montepulciano*⁵².

Afirma el beato Raimundo de Capua que no hubo enfermedad que no pudiera curar Inés con el poder de Dios, a quienes acudían con fe a su sepulcro, pidiendo la salud. El mismo Raimundo afirma que no puede callar el caso del que él fue testigo y escribió en los documentos del convento. *Era el año 1364; el primero de mayo vino a visitarme un señor de Montepulciano llamado Juan. Vino acompañado de su esposa Richa y con un niño pequeñito, que se llamaba Lucas. Me contaron que su hijo, desde el mes de marzo pasado por la noche, le venía una enfermedad que lo dejaba lívido y perdía el sentido. Se le iba cayendo la piel poco a poco, dejándolo lleno de llagas y dolores. Como no encontraban remedio humano y, viendo que cada día se ponía peor y que se iba a morir pronto, acudieron a santa Inés y le encomendaron la salud del niño. Una noche se encomendó su madre a santa Inés y le hizo voto de visitar sus reliquias. El niño empezó a recuperarse y antes que amaneciera estaba totalmente sano. Sus padres me lo contaron a mí y a fray Pedro y fray Pablo de Florencia; y lo declararon bajo juramento y yo lo escribí para memoria eterna*⁵³.

Una cierta mujer de Monticello volvía de Montepulciano y encontró en el camino a un hombre armado, que esperaba a un enemigo suyo para darle muerte. Se asustó la mujer y más cuando le preguntó de dónde venía. Ella con voz temerosa le respondió que de ver el cuerpo de santa Inés. Al oír el nombre de la santa, el hombre perdió toda su valentía, cayendo a tierra como muerto. La señora creyó que le había dado una apoplejía y llamó a un médico, quien diagnosticó que no era apoplejía, sino algo desconocido. El enfermo, al darse cuenta de que eran vanos los recursos de la medicina, empezó a reflexionar y, acordándose que al oír nombrar a Inés le había dado como un golpe mortal, pensó que el remedio estaba en recurrir a la santa. Y ella se le apareció, rodeada de luz y acompañada de un ángel, pero mostrándole indignación. El enfermo le rogó por su salud, pero la santa le mostró su enojo, por lo que el ángel le dijo: “El corazón de esta esposa de Jesús fue siempre la caridad y aborrece a los que no perdonan a sus enemigos”. Desapareció el ángel y el enfermo entendió que debía perdonar. Prometió hacerlo y le rogó de nuevo a la santa por su salud, recobrando de inmediato la salud. El hombre, ya hecho

⁵² Ib. pp. 94-95.

⁵³ Ib. pp. 101.

*amigo de la santa, caminó 32 millas para encontrar a su antiguo enemigo. Dejó las armas y lo abrazó y lo besó, narrando lo que le había sucedido y quedaron los dos en paz y amistad*⁵⁴.

*En un pueblo, llamado Castel Viejo del distrito de Montepulciano, sucedió que un niño se cayó de una burrita y se dio un golpe tan fuerte que lo llevaron a su casa medio muerto. Como vieron sus familiares que tenía ya signos de muerte próxima, encendieron, como era costumbre, una vela mientras esperaban su muerte. Su abuela Margarita hizo un voto interior a Dios y a la beata Inés, prometiendo que, si se sanaba, irían a visitar las reliquias de la santa. Y el niño comenzó a mejorar y, al poco rato, quedó totalmente restablecido. Y Margarita delante de un notario dio testimonio bajo juramento del prodigio*⁵⁵.

*Otro niño, llamado Mino, natural de Castellón de Valdorcia cayó inadvertidamente a un río al pasar un puente alto. Los que lo vieron lo recogieron del río medio muerto. Su madre Pía hizo un voto a Dios y a santa Inés que, si se salvaba su hijo, iría a pie descalzo a visitar sus reliquias y llevaría al niño con una imagen de cera. Inmediatamente el niño, que estaba como muerto, comenzó a llorar y al poco rato quedó totalmente sano; y Pía, la madre del niño, cumplió el voto y delante de un notario bajo juramento contó el suceso*⁵⁶.

*Un hombre de Arezzo, llamado Gratino, fue herido gravemente en la cabeza por un contrario suyo. Llamaron al médico y complicó las cosas, porque le rompió una vena al querer curar la herida. Le salía mucha sangre y parecía que no había solución. El herido se encomendó a santa Inés e hizo el voto de ir a visitar sus reliquias y ofrecer una imagen de cera, si se libraba de la muerte. Se durmió y se le apareció Inés, consolándolo, y le dijo: “No tengas miedo, porque pronto la herida se curara”. Cesó de salir sangre y se le curó la herida y solo quedó una cicatriz como recuerdo. Por eso Gratino cumplió su voto y contó a un notario bajo juramento el hecho prodigioso*⁵⁷.

En una aldea, llamada Cugliano, a los pocos meses de la muerte de Inés, se desató por descuido un gran incendio. Los habitantes se llenaron de miedo, porque sus casas no eran de piedra sino de juncos secos, y no encontraban remedio para apagar el fuego, sobre todo porque corría el viento. Recurrieron en esos momentos a Dios e hicieron votos a santa Inés que, si sus cabañas eran liberadas del fuego, visitarían sus preciosas reliquias. Inmediatamente el fuego

⁵⁴ Ib. pp. 74-75.

⁵⁵ Ib. pp. 78-79.

⁵⁶ Ib. p. 79.

⁵⁷ Ib. p. 80.

empezó a apagarse y ninguna casa quedó quemada, lo que fue considerado un milagro. Todos cumplieron su voto y todos publicaron el hecho prodigioso ⁵⁸.

Una mujer llamada Gemma estaba totalmente ciega del ojo izquierdo desde hacía 18 años. Oyendo las insignes maravillas que Dios hacía por medio de sor Inés, cobró confianza de que podía ella también ser curada y se colocó en el ojo una tela de una sábana que había sido de Inés y quedó inmediatamente curada ⁵⁹.

Pedro de Monticello estaba totalmente contrahecho y apenas podía caminar con un bastón. Fue a visitar las reliquias de Inés a su iglesia y, al entrar, sin más oraciones, quedó totalmente sano ⁶⁰.

Raimundo de Capua refiere otros muchos casos de enfermos curados de distintas enfermedades por el poder de Dios y la intercesión de santa Inés.

Algo digno de anotarse es el gran milagro que realizó la beata Inés, cuando el emperador Carlos IV de Alemania visitó sus reliquias. En 1354, los vizcondes de Milán se sentían fuertes y querían dominar cada vez más regiones de Italia. Muchos italianos invitaron entonces al emperador de Alemania, Carlos IV, quien vino con un gran ejército. Sosegado el ambiente de guerra, se dirigió el emperador a Roma para venerar las sagradas reliquias de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Para llegar a Roma, pasó por Montepulciano, adonde llegó el 20 de abril, el mismo día en que se exponían a veneración pública las reliquias de la santa. Acudió a la iglesia con toda su Corte y un lucidísimo acompañamiento, edificando a todos con su piedad. Santa Inés quiso pagar al emperador aquel obsequioso rendimiento con un favor portentoso.

Apenas se abrió la urna de su cuerpo, toda la iglesia se bañó en un olor suavísimo. Pero, aunque este prodigio admiró al emperador y a su comitiva, otro mayor y más extraño los asombró. Miraba el emperador aquel cadáver incorrupto, instrumento de tantas maravillas y, mientras le hacía sus súplicas personales, vieron todos los presentes que, abriendo el cadáver los ojos, los fijaba en el emperador con tanta viveza como si estuvieran vivos. Todos quedaron pasmados ante esa maravilla y especialmente el mismo emperador, que, bañado en religiosa alegría, lloró de agradecimiento.

Unos años después, al abrirse la urna de la santa, se vio que el sagrado cuerpo sudaba sangre con mucha abundancia. Todos quedaron admirados.

⁵⁸ Ib. p. 81.

⁵⁹ Ib. p. 82.

⁶⁰ Ib. p. 83.

Algunos incrédulos dudaron, pero al poco tiempo el día de Pascua se repitió el sudor milagroso a la vista de un innumerable concurso de gente ⁶¹.

MILAGROS ANTE SANTA CATALINA

Un día Catalina fue a visitar el cuerpo de santa Inés de Montepulciano y, a la vista y presencia de todos, ésta levantó en alto un pie y, muy honesta y dulcemente, antes que santa Catalina bajase su cabeza, se lo dio a besar. Y, cuando la virgen santa Catalina vio esto, más se humilló y se inclinó; y luego el pie poco a poco se tornó a su primer lugar ⁶².

El padre fray Raimundo, teniendo autorización del prior provincial, hizo juntar, según la costumbre de la Orden, a todas las religiosas en el capítulo, queriendo hacer diligente inquisición del sobredicho milagro so precepto de santa obediencia. Y como todas cuantas habían estado presentes, clarísimamente confesasen ser así verdad, llamó allí delante de sí en presencia de todas a una que más calumniaba el milagro y demandóla si así había pasado la cosa en hecho de verdad como aquellas religiosas lo confesasen. La cual confesó allí en público que era verdad como ellas lo decían, pero quería ella interpretar que otra hubiese sido la intención de la virgen muerta santa Inés en aquel milagro y no aquella que las otras creían todas. A lo cual respondió fray Raimundo: “Hermana, aquí no te preguntamos de la intención de la virgen santa Inés, sino te pedimos solamente si tú viste aquel milagroso levantamiento de su pie”. Y ella confesó que sí. Entonces fray Raimundo la reprendió de su murmuración y calumnia y le dio penitencia por ello ⁶³.

Otro día volvió Catalina al convento de la virgen santa Inés para poner allí a dos sobrinas suyas. Y cuando visitó de nuevo el cuerpo de santa Inés, ocurrió otro nuevo milagro. Cuando llegó al cuerpo de la santa, no se puso a sus pies como la primera vez, sino a la cabeza, puso su rostro sobre el rostro de santa Inés, aunque por encima de los cobertores de seda y oro, que estaban sobre el cuerpo, y así estuvo un buen espacio de tiempo. Después, volviéndose a sus compañeras, en especial a sor Lisa, su cuñada y madre de las dos niñas que había traído para ser religiosas, le dijo: “¿Cómo no miráis ni sentís la gran merced que se nos envía del cielo?”. Lisa y las otras compañeras levantaron los ojos en alto y vieron descender, a manera de lluvia, un maná muy blanco y menudo que copiosamente cubría el cuerpo de santa Inés y de santa Catalina y a todas cuantas allí estaban. De modo que Lisa llenó sus manos de los granos de

⁶¹ Manuel Joseph de Medrano, *Vida de la admirable Virgen santa Inés de Montepulciano*, Madrid, 1728, pp. 110-113.

⁶² Jörgensen Juan, *Santa Catalina de Siena*, Ed. Difusión, Tucumán, 1859, II, 12.

⁶³ *Ibidem*.

maná que así caían. Esto había sucedido muchas veces en vida mortal de santa Inés, pues caía sobre ella, especialmente cuando oraba, un maná.

Y las niñas que la santa criaba para el servicio de Dios, al ver sus vestiduras blancas, cuando se levantaba de la oración, querían sacudirlas, pero ella dulcemente y con modestia las quitaba para que no lo hiciesen ⁶⁴.

Dios le había revelado a Catalina que en el cielo estaría junto a la bienaventurada Inés de Montepulciano y de ahí le nació el deseo de venerar sus restos.

SU CANONIZACIÓN

En 1366 el beato Raimundo de Capua declaró: *El cuerpo de Inés ha permanecido incorrupto hasta hoy, después de 50 años de su fallecimiento. Se conserva su cuerpo íntegro con todos sus miembros, uñas y cabello como si hubiera muerto recientemente ⁶⁵.*

Cuando Raimundo se hizo cargo de la dirección espiritual del convento de Montepulciano, la fama de santidad de Inés era aceptada por todos sin lugar a dudas y, a pesar de que el convento había sido fundado bajo el título de Santa María Novella, todos lo llamaban monasterio de Santa Inés.

En 1510 su cuerpo sudó tanta sangre que impregnó todas las vestimentas que la cubrían. Clemente VII en 1532 autorizó su culto en Montepulciano. En 1601 Clemente VIII extendió su fiesta a toda la Orden. Fue canonizada por Benedicto XIII el 10 de diciembre de 1726.

El día de la canonización de Inés de Montepulciano, el Papa Benedicto XIII declaró: *Determinamos a honor y gloria de la Santa e individua Trinidad, exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana con la autoridad de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo y los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo y la nuestra, y con el consentimiento y consejo de nuestros venerables hermanos cardenales de la santa Romana Iglesia, patriarcas, arzobispos y obispos presentes con nosotros en plenario Congreso de la Iglesia Vaticana, que la bienaventurada Inés de Montepulciano, de la Orden de predicadores, de cuya santidad, sinceridad de vida y excelencia de las demás virtudes y milagros constaba y consta plenamente, sea escrita en el catálogo de las santas vírgenes, no mártires, juntamente con el beato Toribio, confesor y*

⁶⁴ Ibidem.

⁶⁵ Ib. p. 73.

arzobispo de la iglesia de Lima, y el beato fray Jacobo de la Marca, confesor, no pontífice, de la Orden de los Menores, como por el tenor de las presentes lo definimos, decretamos y escribimos; y mandamos que la dicha sea venerada como verdaderamente santa y determinamos que en toda la Iglesia universal se puedan edificar y consagrar templos y altares en su honor, en los cuales se ofrezca a Dios el incruento sacrificio y que el día 20 de abril, en el cual pasó Inés a la celestial patria, se pueda celebrar todos los años su fiesta, como de virgen no mártir... Año 1727, 10 de diciembre.

Los dos milagros aprobados por la Santa Sede para hacer efectiva la canonización de Inés fueron, según lo expresa el decreto de canonización: El primero, la repentina sanidad de sor María Rosa Catalina Buoni, monja profesada de la Orden de Santo Domingo, de muchas enfermedades, que la molestaban desde hacía doce años. Y el segundo, de la instantánea sanidad de sor María Octavia Cerretelli, monja de la misma Orden, de una pleuritis con calentura e hinchazón en la pierna derecha.

Sor María Rosa Catalina Buoni enfermó de modo que para cumplir los oficios de la Orden necesitaba el auxilio de una hermana suya y de otra compañera. Nueve años pasó con este trabajo hasta que, agravándose mucho más sus males, se redujo a estar siempre en la celda, de la cual no salía, sino para comulgar y entonces en los brazos de otras religiosas. Últimamente se aumentaron tanto sus indisposiciones que le fue preciso reducirse a la cama, donde estuvo el largo tiempo de veinte y más meses, sin esperanza alguna de recuperar la salud, pues los médicos la abandonaron como incurable. El 30 de junio llegó al monasterio el padre Prior de Santo Domingo de Fiésole a quien está sujeto. Supo sor María Rosa la venida de este prelado y envió a suplicarle se sirviese entrar a confesarla. El prior, compadecido de la pobre enferma, le respondió que al día siguiente, 1 de julio, entraría a su celda, la confesaría, le daría la comunión y le aplicaría un poco de algodón que había estado a los pies de la beata Inés y que así tuviese mucha confianza en su patrocinio. El prior cumplió en todo su palabra y le hizo tocar el algodón de la santa. Luego el prior se fue a dar la comunión a las otras monjas.

María Rosa se quedó dormida y en su sueño le pareció oír una voz que le decía: *Levántate y vete a oír la misa de tu Superior, porque ya estás sana.* Despertó y se hallaba perfectamente sana. Se levantó, se vistió y se fue al coro; y a la primera que le preguntó dudosa, si era sor María Rosa, le respondió: *Santa Inés de Montepulciano me ha sanado, gracias a Dios.* Y todas asombradas cantaron en acción de gracias el *Te Deum laudamus.*

El caso de sor María Octavia Cerretelli sucedió en 1705. Tenía una peligrosa pleuresía con calentura. Además le vino una hinchazón erisipelada en

la pierna derecha que los médicos dijeron que no podía sanarse, sino con supuración o con el perezoso y prolijo remedio de resolventes. La enferma hubiera querido estar presente en la toma de hábito de una doncella que al día siguiente iba a tener lugar en la casa. Se encomendó muy de veras a la beata Inés y, tomando una imagen suya que tenía a la cabecera de la cama, se encomendó con toda devoción y viva fe a la bendita Inés y se aplicó la imagen a la pierna hinchada. Al instante, cesó el dolor y le bajó la hinchazón y sanó a la vez de la pleuresía, quedando perfectamente sana. Entonces empezó a gritar: *Santa Inés me ha dado la salud. Santa Inés me ha curado*; pero, siendo de noche, le persuadieron sus hermanas que estuviese en cama hasta el día siguiente. Pudo asistir a la toma de hábito de Filedei Faleroni y fue tan grande el regocijo de todas las hermanas que todas dieron gracias a Dios y a la gloriosa santa Inés por el gran beneficio que había recibido su Priora.

Los otros dos milagros que se presentaron para su canonización fueron la curación de doña Faustina Selvi, que había quedado ciega y se curó en 1705; y la curación de doña Constanza Escaramazi, que estaba embarazada y tenía mucha fiebre con mucho dolor en la parte del corazón y se curó milagrosamente.

Santa Inés de Montepulciano ha sido una de las místicas más grandes de la Orden dominica y de toda la Iglesia. A santa Catalina de Sena le reveló el Señor que en el cielo estaría junto a santa Inés de Montepulciano, gozando de la misma gloria celeste (Legenda maior de santa Catalina 325).

Su cuerpo incorrupto se encuentra en la actualidad en el altar mayor del templo que fue construido en su honor (iglesia de Santa Inés) en Montepulciano, sobre la iglesia anterior de santa María Novella. Está dentro de una urna (monumento de mármol construida en 1690). Su fiesta se celebra el 20 de abril y es protectora de la ciudad de Montepulciano.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de santa Inés; solo nos queda dar gracias a Dios por tantos beneficios recibidos de su bondad por su intercesión, pero lo que debemos tener muy claro es que los santos están vivos. Que siempre están atentos a nuestras plegarias y que, cuando los invocamos con fe, ellos nos ayudan y pueden seguir haciendo los mismos milagros que Dios hacía por su intermedio, cuando estaban en este mundo mortal. Por ello no pensemos que eso solo pasaba en otros tiempos. No, también pasa y puede pasar en estos tiempos actuales de tanta incredulidad. Ahora bien Dios, al igual que Jesús en el evangelio, pide fe, que creamos en su amor para poder hacer milagros; sin fe, Dios no nos concede normalmente nada, a no ser en casos muy especiales.

La conclusión de la vida de santa Inés es que debemos tenerla como una amiga cercana, como una hermana que vive entre nosotros, aunque esté en otra dimensión y no podamos verla normalmente con nuestros ojos corporales. Y esto que decimos de santa Inés, igualmente podemos decirlo de todos y cada uno de los santos canonizados por la Iglesia.

Seamos amigos de los santos y también de los ángeles. Invoquemos con frecuencia la ayuda de nuestra querida Madre la Virgen María y lo mismo de Jesús, presente en la Eucaristía, que puede hacer hoy los mismos milagros que hacía hace 2.000 años en Palestina. El poder de Dios no ha disminuido. Lo que ha disminuido ha sido la fe de muchos de nuestros contemporáneos.

Por tanto, pidamos al Señor que aumente nuestra fe para que en tiempos de dificultades personales o de nuestros seres queridos, podamos obtener muchas bendiciones de Dios y de los santos.

Te deseo que seas santo. Este es mi mejor deseo para ti. Y no te olvides de que tienes un ángel que siempre te acompaña, tu ángel guardián. Invócalo y te ayudará más de lo que puedes pensar o imaginar.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Amado Manuel, *Compendio histórico de las vidas de los santos canonizados y beatificados del sagrado Orden de predicadores*, Madrid, 1829.
- Aniz Iriarte Cándido, *Santa Inés de Montepulciano, virgen dominica*, en *Nuevo Año Cristiano*, Ed. Edibesa, Madrid, 2001.
- Boscaglia, *Sant' Agnese da Montepulciano*, Cantagalli, Siena, 1986.
- Boscaglia, *Sant' Agnese Poliziana*, Firenze, 1954.
- Centi, *I due tempi della fondazione poliziana secondo la Leggenda di S. Agnese*, 1965.
- Centi, *Le leggende del b. Raimondo da Capua e la critica storica*, 1965.
- Centi, *Sant' Agnese Segni, domenicana patrona di Chianciano terme*, Cantagalli, Siena, 1966.
- De Medrano Manuel Joseph, *Vida admirable de la virgen santa Inés de Montepulciano*, Madrid, 1728.
- Di Agresti, *Agnese da Montepulciano*, in *biblioteca sanctorum*, I, Coll 375-381.
- Forcada Comíns, *Santa Inés de Montepulciano, modelo de dominica contemplativa*, en *Celebraciones vivas de santos y santas dominicas*, Caleruega, 2003.
- Raimondo da Capua, *Legenda beate Agnetis de Monte Policiano*, Ed. Galluzzo, Firenze, 2001.
- Sordini Mariani Lorenzo, *Vita di S. Agnesa, vergine da Montepulciano*, Fiorenza, 1606.
- Testa, *La rosa sul piatto*, Ed Il cenáculo, Firenze, 1977.
- Tremiti Lucia, *Sant' Agnese Segni*, Società bibliografica toscana.

&&&&&&&&&&&&&